

“ITACA TE REGALÓ UN HERMOSO VIAJE”*

(Kavafis)

CÉSAR GARCÍA ÁLVAREZ

Universidad San Sebastián. Chile

Ustedes han elegido bien, cuando han elegido la *Odisea* como mapa de ruta personal; cuando digo personal estoy señalando también familiar, social y laboral, pues la persona es siempre una antena muy sensible que irradia en onda larga todos los ámbitos que toca. Cual sea la persona, tal es su proyección; y han elegido bien, pues los grandes textos literarios nos convocan a una integración de nuestro vivir. Las múltiples urgencias de hoy tienden a fragmentarnos: aquí la familia, allí el trabajo, hoy un viaje, mañana inesperado compromiso. Esta pérdida de sentido de unidad es lo que en gran medida nos ha dado hoy una sociedad altamente neurotizada. Las grandes obras literarias nos purgan de este sinsentido y nos centran, por eso son clásicas, es decir, permanentes.

Decía el gran escritor ruso Dostoyevsky: “*Si nos fuese dado imaginar una hecatombe en la que toda nuestra civilización colapsase, y tuviese que salvar dos libros para restituir aquellos mundos perdidos, no dudaría un momento en llevarme bajo el brazo la Odisea y el Quijote. Dos voluntades poderosas ante las cuales ninguna dificultad podría resistirse para construir mundos nuevos*”.

Hoy se habla de ciertas cápsulas en las que se están guardando semillas de todas las plantas, polen de todas las flores, muestras biológicas de todos los animales, en previsión de esa catástrofe final a la que —si Dios no lo remediamos inexorablemente encaminados; pero de nada nos serviría toda esta guarda, si, llegado ese negro momento, nos comemos todas las semillas, por no tener la voluntad de Odiseo o don Quijote para pasar hambre, en la espera de la fructificación de las primeras cosechas.

* El presente texto corresponde a una conferencia dada en el Club de la Unión de Santiago de Chile, el día 7 de octubre del 2010, con motivo del aniversario de la institución Norte-Sur y Euro Chile, presidida por don Vicente Carouz. El tema de esta disertación es un comentario libre al poema *Itaca* de Kavafis, visto desde la perspectiva de la *Odisea* y el concepto de héroe en Homero.

Yo quiero hoy hacer algunos cortes en la *Odisea* y compartir con ustedes un comentario, que quiero sea la explicación ampliada del último verso de *Itaca* de Kavafis, y que dice así: "*Rico en saber y vida, como has vuelto*".

Pero primero voy a leer el poema *Itaca* de Kavafis, en la traducción de Miguel Castillo Didier:

Ten siempre a Itaca en la memoria,
Llegar allí es tu meta.
Mas no apresures el viaje
Mejor que se extienda largos años
Y en tu vejez arribes a la isla
Con cuanto hayas ganado en el camino
Sin esperar a que Itaca de enriquezca.
Itaca te regaló un hermoso viaje,
Sin ella el camino no hubieras emprendido,
Mas ninguna otra cosa puede darte.
Aunque pobre la encuentres, no te engañará Itaca
Rico en saber y vida, como has vuelto.

Conocen ustedes el argumento de la *Odisea*: Ha terminado la Guerra de Troya y los héroes griegos se aprestan a regresar a sus casas. Algunos ya han llegado y disfrutan de la paz de sus palacios, otros han tenido distinta suerte. Néstor, el viejo, sabio y prudente Néstor está en Pilos; Menelao goza en Lacedemonia con su esposa Helena, ahora arrepentida, se había ido con Paris; Agamenón, el comandante en jefe, el "*pastor de pueblos*", como lo llama Homero, ha sido asesinado por su esposa Clitemnestra, ofreció la sangre de su hija a los dioses, no impidió que Ajax violase a Casandra sobre el mismo altar de Atenea y, lleno de soberbia, pisó la alfombra roja tendida en el suelo por su esposa, alfombra solo dedicada a los dioses. Edipo, el sabio Edipo, el que desató el enigma de la esfinge impidiendo siguiese este monstruo devorando todos los días a algún tebano, el inteligente Edipo, coronado por esto como rey de Tebas ...el sabio Edipo no sabía lo más cercano, que estaba casado con su madre; misterios del ser humano. Eneas, otro héroe de la Guerra de Troya, anda por el norte de África y de sus descendientes surgirá Roma. Solo Odiseo no ha llegado a Itaca: él, que dio el golpe final para asaltar Troya mediante el famoso ardid del caballo de madera: "*¡Qué hermoso regalo!*", se dijeron los troyanos al ver el gran caballo de madera, y lo metieron dentro de la ciudad, ignorando que en su amplio vientre iban escondidos soldados aqueos que en la noche salieron y tomaron Troya. El, Odiseo, él solo, no ha llegado a Itaca, su patria.

“Extraño –piensa Homero– ¿por qué al mejor le sucedió lo peor?; ¿qué hay en la vida de los excelsos para que el destino los castigue así?”. Escribiré un libro para averiguar esto. El resultado fue la *Odisea*.

Pensó bien Homero. Es difícil, no imposible ganar la guerra, pero es más difícil ganar la paz. En la guerra se lucha en conjunto, hay mapas tácticos, técnicas y armamentos probados, logística y una dirección única. En la paz, terminada la guerra, que es la vida diaria, la de Odiseo, estamos solos, el desgaste de las horas nos agobia, la monotonía de los días con frecuencia nos abate, lo ordinario desilusiona, la rutina no tiene magia, las dificultades a veces nos derrota.

Señores, es difícil ser héroe en la guerra, mucho más difícil serlo en la paz de los días comunes. Odiseo fue héroe en Troya, ahora lo tiene que ser en las contingencias comunes. Vean si no la historia: A Stalin le costó ganar la guerra, no pudo ganar la paz comunista y el muro de Berlín cayó; a Fidel Castro le costó ganar la guerra contra Batista, los más de cuarenta años de paz no le han dado todavía la Cuba que él soñó: tres años le costó a Franco ganar la guerra civil española, solo tras tres décadas se empezó a notar la ganancia de la paz. Existen otros muchos ejemplos. Es más difícil ganar la paz que la guerra, gran tema de la *Odisea*.

Veamos, entonces, cómo Ulises gana la paz del regreso.

“Ya en aquel tiempo los que habían podido escapar de una muerte horrorosa estaban en sus hogares, salvos de los peligros de la guerra y el mar; y solamente Odiseo que tan gran necesidad sentía de restituirse a su patria a ver a su consorte, hallábase detenido en hueca gruta por Calipso”. (Rap .I)

Calipso, “*kalipto*”, en griego, significa ocultar. Siete años tuvo Calipso aherrojado a Odiseo en tenebrosa gruta. Homero acentúa estos largos años con énfasis en: “...*ya en aquel tiempo*...” *solamente Odiseo*; y añade: “*Odiseo estaba deseoso de ver el humo de su país natal y se siente morir de anhelos*” (Rap. I); pero está entrampado y debe tomar una decisión que compita con la de la “*divina Calipso*”. Complicado, ella es una ninfa, él un hombre.

Pero, Odiseo decide un día romper las amarras. Lo primero y más difícil es romper, embarcarse, partir, darse la palmada. Dante inicia la *Divina Comedia* con esta frase: “*Nell mezzo del cammin di nostra vita*”, en la mitad del camino; cuando tenía cuarenta años, decidió doblar la curva del camino de su vida y ser otro.

Odiseo sabe que esto es difícil, pero no imposible; pero dice: “*Yo decido, yo soy, yo puedo; los entornos son menos que yo*”. Y un día enfrenta a la carcelera

Calipso. Observen la sutileza de la ninfa; Calipso le dice: *“si supieras los males que vas a padecer fatalmente antes de llegar a Itaca, te quedarías conmigo y fueras inmortal. Además, después de 17 años tu Penélope está más gruesa, yo soy flaca como una sílfide; el rostro de ella se ha llenado de arrugas, mira el mío terso y limpio como el de un niño, si me lavo con las aguas del Olimpo”*. Contestación de Ulises: *“Deseo y anhelo irme a mi casa y a mi esposa y ver lucir el día de mi vuelta. Y si alguno de los dioses quiere aniquilarme en el camino lo sufriré con el ánimo que llena mi pecho”* (Rap. V). Aquí apareció el héroe, el héroe de otra guerra, la de todos los días y todas las trampas. Y gritó a sus compañeros: *“¡Desplegad las velas! ¡Partimos!”*.

Mientras esto sucedía en Ogigia, la isla de Calipso, veamos qué ocurría en los cielos. Los dioses se han reunido en concilio, convocados por Atenea, y habla la diosa de la sabiduría a su padre Zeus: *“Y a ti Zeus Olímpico, esta actitud de Odiseo, ¿no te conmueve el corazón?; no te era grato cuando en la Guerra de Troya te ofrecía ritos y dones? Y responde Zeus: “Ea, tratemos todos nosotros de la vuelta del mismo y cómo ayudarle para que llegue a su patria”* (Rap. I). Ayudarle, no suplirle sus obligaciones, pues a nadie se le puede ayudar si él no quiere ser ayudado. Dios, sí; pero, la libertad también; sin El y ella, no hay Itaca.

Me recuerda esto lo que dice don Quijote a Sancho en el capítulo 54 de la Segunda Parte del *Quijote*:

“Sancho, la libertad es el mayor don que Dios ha dado a los hombres. Por la libertad y por el honor, se tiene y se debe dar incluso hasta la vida”. El viaje a Itaca con la ayuda de los Olímpicos no invalida la libertad, antes bien, la supone.

Y ya está Odiseo sobre unos troncos, libre, navegando en el mar; alimenta su voluntad con estos pensamientos: *Ccada día tiene su afán... lleno cada momento del esfuerzo debido, ... he de remar sin descanso, como si este fuese el último día de mi vida”*.

Ulises en el mar. Los dioses en el Olimpo. Y... ¿qué ocurría, en tanto, en Itaca? Todos lo sabemos. Después de más de diez años, los pretendientes andaban como moscas en torno a la reina Penélope, comían, festejaban, bebían... *“lo estamos pasando padrísimo, aquí las están dando. Odiseo ya no vuelve. Claro que ese jovencito, Telémaco, hijo suyo, está a punto de ser mayor de edad, no ve con agrado nuestra conducta y quién sabe si algún día nos puede cortar la cabeza”*. Uno de aquellos pretendientes se acerca a él y le dice, engatusándolo: *“Joven, hay rumores que tu padre murió, un adivino nos ha dicho que no regresará; por qué no le dices a tu madre que se case con alguno de nosotros y todo entrará en paz”*. Contestación

del jovencito, hijo de tigre: “*Se acabó, no doy fe a las noticias, vengan de donde vinieren, ni hago caso de las predicciones que haga un adivino. Si mi padre vive, lo acompañaré, si ha muerto regresaré y le haré honras fúnebres, pero mi obligación es buscarle y poner luz a este mundo turbio de Itaca, paz a este mundo insidioso, verdad ante tanta mentira inventada por los aprovechadores*”. (Rap. I) —y añadirá después— “*mas ahora las penas que infligís a mi corazón son incurable, y arrojó encolerizado el cetro a la tierra. Y todos se callaron, sin que nadie se atreviese a decir una sola palabra. Y partió*” (Rap. II). Otro golpe de timón, como el de Odiseo ante Calipso. Se acabó. Hablar a tiempo, fuerte y claro, hace héroes y camino seguro hacia Itaca. Los principios son intransables.

Homero a estas alturas del libro nos ha dibujado tres fuerzas determinantes hacia la Itaca de Odiseo: La de los dioses, la de la familia significada en Telémaco y la de la propia voluntad de Odiseo. Sin esta trilogía, persona, familia y creencia, no hay buenos aires para navegar a buen puerto. Con las tres, siempre habrá augurios de buen éxito de llegada a cualquier Itaca.

Telémaco llegó a Pilos, donde el rey Néstor: el viejo, sabio y prudente Néstor. El gran consejero en la Guerra de Troya. Y Telémaco le dice: “*Preguntas quien soy y de dónde vengo. Vengo de Ítaca y el negocio que traigo no es público, sino privado; sabes algo de mi padre, Odiseo, cuándo salió de Troya, hacia dónde se dirigió, con quién iba...?*” (Rap. III).

Contestación de Néstor: “*No sé nada*”. Fuerte la contestación. Telémaco sale, rompe con los pretendientes, navega sorteando peligros, se expone ... para nada. Me recuerda esto el tratamiento que Cervantes en un primer momento hace con el Quijote. Lo recuerdan: En el primer Capítulo de la Primera Parte del *Quijote*, una vez que éste compra todos los libros de caballería “*en qué leer*” y con gran pasión dispone todo para salir: caballo, escudo, casco, espada y lanza, en el capítulo segundo, muy de mañana, sin que nadie lo advirtiese, por la puerta de atrás sale a las aventuras henchida su imaginación de gigantescas fantasías. Todo el día mirando en lontananza a ver si veía llegar a otro caballero para batirse, o un gigante o un monstruo que enfrentar, que estaba dispuesto el ánimo para todo; y pasan los minutos y las horas y cae la tarde ; y termina diciendo Cervantes: “*en aquel día no hubo nada digno de ser contado*”; ¡por favor, Cervantes! ¡por favor, Homero! Quienes han puesto su vida en el tablero, como Telémaco o Quijote, merecen otro tratamiento. Pero escucho a Homero y también a Cervantes contestarme: “*No es maltrato. Los edificios cuanto más se hienden en el suelo en sus cimientos, con mayor fuerza se levantan a las alturas; el arco, cuanto más aleja sus*

cuerdas tensas hacia atrás, con mayor fuerza apuntan al blanco. Ya veréis a Telémaco levantarse sobre las olas del mar y a don Quijote caminar mirando las estrellas por los campos de Castilla". Esto escucho decir a Homero y esto escucho decir a Cervantes, mientras Telémaco y don Quijote piensan: "*Se perdió la esperanza de hoy, pero cada día tiene su esperanza*". Y el héroe camina.

No quiero dejar pasar un detalle en la conversación de Telémaco con Néstor, rey de Pilos. Telémaco le había dicho: "*Vengo de Itaca y lo que me trae es asunto privado, familiar, no público*". Y Néstor, no obstante, lo atiende. En nuestro viaje personal hacia Itaca, hacia nuestra Itaca, porque todos somos Odiseos en el mar de las contingencias del mundo, muchas veces nos encontraremos con planteamientos de asuntos privados. Hoy tenemos todo departamentalizado y cada área con su reglamento; los asuntos que no caven ahí, son privados, impertinentes. No son para atención personal. Sin embargo, Néstor, héroe de Troya, atiende el asunto privado de Telémaco. Existe lo privado individual y lo privado personal, lo privado individual es impertinente, lo privado personal es mío, tuyo y del otro, es tema de la persona y todos somos personas. ¿Cómo distinguir, entonces, lo privado individual de lo privado personal? Escucha, discierne y actúa. Nunca la prisa fue buena consejera. Néstor alarga la conversación con Telémaco antes de decirle... de tu padre no sé nada, pero lo atiende.

Telémaco se despide ahora de Néstor y se dirige a la isla de Lacedemonia a preguntar a otro héroe de Troya, Menelao, el esposo de Helena, la díscola, la que desató la insidiosa guerra; ella, ahora arrepentida, está en casa y atiende a Telémaco. Homero se pone complejo, nos sugiere a este propósito que existen muchas Itacas:

La Itaca esforzada de Odiseo.

La Itaca valorada de Telémaco, sin la que la Itaca esforzada de Ulises, no tendría sentido.

La Itaca arrepentida de Elena; se dio cuenta la esposa de Menelao que irse con Paris había sido una Itaca de espejismo.

Y la Itaca postergada de Penélope, que les dice a los pretendientes: cuando termine este tejido que estoy haciendo, decidiré con quien casarme. Y en la noche deshacía lo que en el día tejía a la espera de la llegada de su esposo.

Telémaco llegó a Lacedemonia. El rey Menealo y Helena le ofrecen un banquete. No saben quién es, y le ofrecen un banquete. Era costumbre oriental;

al peregrino, al viajante se le atiende siempre con toda hospitalidad, se le da agua para bañar sus pies, espacio para descansar, ropas para cambiarse... y un banquete. Solo después de esto, se le pregunta por su nombre, motivo del viaje, si alguna ayuda necesita. Así fue con Telémaco. Observen la conversación:

Eteoneo (criado de Menelao): “Llegaron dos varones, mi rey, dime si hemos de desuncir sus veloces caballos o enviarles a alguien que les dé amistosa hospitalidad”.

Menelao (poseído de vehemente indignación): “Antes no eras tan tonto, mas ahora dices necedades como si fueras un muchacho. También nosotros, al regresar de Troya, vagando por muchos lugares, fuimos acogidos frecuentemente por la hospitalidad de otros. Desunce los caballos de los forasteros y hazles entrar a fin de que participen del banquete”.

Hay que ver cómo comen en la *Odisea*, se pasan la vida comiendo; comiendo, no tragando, pues eran comidas rituales. Se trata de una época de cultura del cuerpo, del vivir, no tienen idea de la inmortalidad, por lo tanto comer para ellos es sobrevivir, perdurar. Los dioses comen ambrosía y son inmortales, los hombres han de aproximarse a ellos, comiendo. Es, además, ésta, una cultura de la guerra, muy próxima a la muerte, y a la muerte se la vence comiendo. El que no tiene apetito y no come, se muere. Comer es vivir. Cuando el inconsciente se siente amenazado, la persona come. Ahí tienen a los depresivos y depresivas, acostados todo el día en posición de muerte, y con una ansiedad de comer, que les hace engordar y encontrar otro motivo para sentirse mal. Comer en la Grecia de Homero, era comer más, para ser más y hacer más.

Leída hasta aquí la *Odisea*, Homero nos dice: “*Quede Telémaco aquí, conversando con Menelao. Vayamos a ver a Odiseo, que lo dejamos con aquel grito en la boca: ¡Alcen velas!, huyendo de Calipso*”.

Llegó Odiseo, apartándose de Calipso, a la Isla de los Feacios, al palacio de Alcinoos. Diez y ocho días se demoró. Antes había dicho: “*Nueve días tardé en llegar desde Troya a la isla de Calipso, Ogigia, allí me retuvo siete años, ahora diez y ocho días han pasado para llegar aquí*”. Pareciera que los héroes llevan el tiempo escrito en las uñas de los dedos. La *Odisea* se parece el diario de Odiseo. Es que no hay héroe ni Itaca sin valorar el tiempo. Ustedes están aquí celebrando un aniversario más, porque su tiempo no ha sido inútil. Somos ser y tiempo, y el tiempo del héroe no es tiempo para perder, quien deja un minuto vacío en su vida ya nunca más lo llenará y ese minuto nos estará acusando con su boca vacía eternamente. El héroe es un ser del tiempo y del trabajo y de los frutos.

Frutos para los demás, para los hijos, para la familia, para la vejez... pero Itaca es mucho más que eso: domando los mares del mundo aspiramos a una justicia más universal, a una armonía cósmica que los cristianos en el último día esperamos. Fíjense que los monjes cantan en la mañana, a medio día y en la noche hasta que advenga la armonía del mundo. Nosotros lo hacemos con el trabajo.

Dante en su *Divina Comedia*, llega al primer círculo del Infierno y a los primeros que encuentra en él es a los que no hicieron nada. Pregunta Virgilio, que lo acompaña: "*Dante, pero porqué están castigados, si no hicieron mal alguno*". Respuesta: "*Tampoco hicieron bien alguno y dice Dios en el Apocalipsis: "Porque no eres frío ni caliente, te vomitaré de mi boca"*". El ser humano es un hombre de acción: "*No apresures el viaje. Mejor que se extienda largos año. Y en tu vejez arribes a la isla*", dice Kavafis en su poema *Itaca*, invitándonos a la acción permanente.

Y de nuevo un banquete. Odiseo convidado a una nueva comida en el palacio de Alcinoos. En este banquete al huésped, hay un momento sumamente emotivo. El poeta Demódoco –en estas comidas había siempre poetas, músicos y cómicos para amenizar los platos– golpea un vaso, pide silencio y dice: Hoy voy a cantar algunas gestas de la Guerra de Troya. Y ahí está Odiseo, que secretamente sabía más que él de esa guerra, Odiseo atento, atentísimo a lo que va a decir. Y comienza Demódoco a cantar precisamente, las gestas gloriosas de Odiseo en Troya, sin saber que ahí estaba él. Odiseo dobla su manto, lo echa sobre su cabeza y se pone a llorar.

Llora el héroe, lloran los héroes. Lloran los hombres de verdad. Llorar no es una debilidad, es una alta sensibilidad; quien no llora debe examinar seriamente su sensibilidad, porque es posible que esté acunando en su interior un monstruo. Jesús lloró sobre Jerusalén al ver que sobre ella no quedaría piedra sobre piedra, el Cid Campeador sale de Vivar llorando, lloraron los caballos de Aquiles cuando murió Patroclo, lloraron. El poeta Vicente Huidobro escribió un poema que tiene como título *Es para llorar*. Comento algunos de sus versos:

Es para llorar que buscamos nuestros ojos
Los ojos están hechos para mirar, reír y también llorar.

Escondemos nuestras miradas bajo las alas de las piedras
Respiramos más suavemente que el cielo en el molino
Tenemos miedo.

Ulises tuvo miedo que lo reconociesen como aquel héroe que cantaba Demódoco y pensó, demostraré primero que soy héroe y después que me alaben, no antes.

Es para poder llorar, es para poder llorar
Porque las lágrimas deben llover sobre las mejillas de la tarde.

Llover, llover para fructificar. Esas son las lágrimas del héroe. No las lágrimas como si no tuviesen esperanza.

Es para llorar que la vida es tan corta
Es para llorar que la vida es tan larga.
El mar abre y cierra su puerta
Es para llorar, para llorar
Pero nuestras lágrimas no deben separarse de nuestro camino.
Es para llorar que buscamos la cuna de la luz.

Este es el poema de Odiseo, el de los mares que se abren y se cierran, pero las lágrimas no deben separarnos de nuestro camino de Itaca, porque buscamos la cuna de la luz.

Y Odiseo ahora se desemboza y dice a los asistentes al banquete: “*Ese del que se han cantado cosas tan hermosas, soy yo. Pero ¿cuéntanos cómo esto es así?* –le replican los asistentes– *háblanos*”. Y Odiseo: salí de Troya con mis compañeros, en la isla del Loto, algunos de ellos prefirieron dormir para siempre con aquella droga, no están ya conmigo; pasé a la isla de los cíclopes, qué cosa no nos sucedió con aquellos gigantes; Polifemo, el de un solo ojo, nos encerró en una cueva; llegamos donde reinaba Eolo, nos regaló unos pellejos con vientos para impulsar las naves en las mares quietas y mis compañeros, curiosos, abrieron las pieles y una tormenta hizo que muchos naufragasen; pasé luego donde las sirenas, cómo cantaban y encantaban para detenernos ahí, yo tuve que atarme a un mástil para no ser subyugado por ellas y me salvé; y Circe, en otra isla, a los pocos compañeros que me acompañaban, convirtió en chanchos, comían como chanchos, se refocilaban como chanchos, fornicaban como chanchos, pero Circe no pudo conmigo; yo la enfrenté y le dije: ando en dos, no en cuatro, y camino vertical mirando las estrellas, no horizontal, por eso me libré.

Esto me sugiere una reflexión, porque esto no es solo de ayer, es también de hoy: a veces escuchamos: “*comimos como chanchos*”, “*lo pasamos chancho*”, y yo les pregunto “*¿y eres chancho?*” Me dicen, no. Y añadido, entonces eres digno de que Circe te lleve con Odiseo a ver el más allá. Circe tomó a Odiseo y lo llevó a conversar en un lugar donde aparecía el más allá, los muertos. Fue Odiseo a consultar, entre otras cosas, si algún día llegaría a Itaca. Y se vio con su madre, y tres veces quiso abrazarla, pero su sombra tres veces se le diluía y desapareció:

alcanzó a escucharle, no obstante: "*Esta es la Itaca definitiva, hijo mío, la permanente, la eterna, hazte también digna de ella*", y desapareció.

Lo más singular de todas estas aventuras que narró Odiseo, es que las contó con un sentido de purgación, de catarsis, como un vómito de los males de su pasado, como una necesidad imperiosa de sentirse bien. El pasado no aparecía a su mente como un dolor, sino como un sufrimiento irreparable. No es lo mismo dolor que sufrimiento, el sufrimiento es más intenso porque va acompañado de la memoria, el dolor es propio de la naturaleza animal, existe, hiere, pero se diluye con cada situación.

Hay que detenerse a veces en la vida, hacer un alto y una revisión de la propia vida, como Odiseo. Revisar en algún momento nuestros fantasmas, porque si los dejamos en el inconsciente, sacarán en algún momento su rabito diabólico para perturbarnos. Hay que limpiar nuestra alma, al menos una vez al año. El rito social de año nuevo tiene precisamente este sentido, arrojar las cosas viejas por la ventana como hacen los italianos, abrazarnos hasta con el enemigo en señal de paz, como hacemos en Chile, y prometer que el año limpio que empieza sea mejor que el pasado. Otros se purgan de otra manera: una confesión general, escribir lo que les pasa en un diario de vida, ir a una sesión de psicoanálisis. El escritor Benito Pérez Galdós tiene una novela que se llama *Halma*, su personaje femenino escribe lo que importunamente le sucede y dice, cada vez que terminaba de emborronar una página me sentía mejor. Es la curación por la palabra. Sin las hojas de su *Diario*, Ana Frank no habría podido subsistir en el escondrijo del desván donde se escondía, mientras escuchaba a la Gestapo romper puertas y candados.

Concluida su historia Odiseo, todos los asistentes al banquete, callaron. Vieron que la talla de Odiseo se agigantaba, que él era verdaderamente el héroe cantado por Demódoco, que su rostro se iluminaba como el de un niño. "*Así dijo: Enmudecieron los asistentes y, arrobados por el placer de escucharle, se quedaron silenciosos en el oscuro palacio. Mas el rey Alcinoos le respondió diciendo: regresarás a tu patria. Itaca está cerca*" (*Raps. XIII*). Le dispuso una embarcación y Ulises traspasó el umbral.

Al llegar a este punto, estamos ansiosos por saber cómo llegó Odiseo a la ansiada Itaca, cómo fue recibido, las aglomeraciones de gentes, las músicas marciales, las condecoraciones a los héroes, la iluminación del palacio con luces de bicentenario. Nada de esto. Llegó, visitó al porquero Eumeo, después a la ama

de leche que, al lavarle los pies, le dice: Tú eres Odiseo, te reconozco por esta cicatriz en los pies y que conozco desde que te bañaba de niño; llegó después el perro Argos, que meneó la cola en señal igualmente de afecto y reconocimiento. Las cosas sencillas. Las íntimas, son las primeras y definitivas. Las grandes gestas, esfuerzos y padecimientos de Odiseo no son nada para él al lado de estos valores de intimidad. Es lo que queda al final de un largo camino, las cosas que tocaron nuestro corazón, todo lo demás importante, muy importante, no lo más importante. Sí, se encontró con su hijo Telémaco, con quien llorosamente se abrazó y su esposa Penélope en cuyos brazos descansó, aventó a los pretendientes. Y concluye la última línea de la epopeya: *Ulises muy alegre en su ánimo juró la paz* (Rap. XXIV). De esa paz dice Kavafis, y modifico un poco la traducción de su poema:

Itaca, ninguna otra cosa pudo darte,
Aunque pobre la encuentres, no te engañó Itaca
Rico en saber y vida, como ahora estás.

Rico en saber y vida. En saber, en sabiduría, en filosofía. ¿Cuál fue la filosofía de Odiseo en su largo viaje? Saber que cada aventura dolorosa no era más que el hilo de un gran tapiz llamado Itaca; saber ver, en cada instante, como dice el poeta Rilke, “*la reja de lo invisible*”; cada dificultad para Odiseo era un grueso barrote que lo separaba de la invisible de Itaca, pero no le impedía divisarla entre rejas a lo lejos y soñarla. El héroe es el que ve desde lo alto el sentido total de la vida y valora cada cosa en su lugar, no la sobrevalora, por ello las soporta y vence. El sentido, la gran filosofía del héroe.

No quiero concluir este viaje de Odiseo a Itaca sin hablar, aunque sea brevemente, de otros viajes a Itaca y sea el primero el de una joven griega avecindada en Chile, poetisa, de nombre Xrisí Tefarikis, escribió:

Una noche de julio, durante la madrugada
Decidí ponerme mi vestido blanco de seda,
Bordado en mi juventud.
No necesité ni barco, ni velero ni avión.
La fuerza de mi nostalgia
El extraño poder de mis raíces más profundas
Que siempre cautelé sola, siempre sola,
Me hicieron retornar a Grecia.
A mi tierra.
Allí estaban todos:

Stella y Giorgos y mi madre. Todos vestían
De blanco, de blanco para celebrar nuestro encuentro.

Para Tefarikis Itaca es de color blanco.

Otra Itaca, la de Nicanor Parra en su poema "*Era un día feliz*". Regresó a San Fabián de Alico, cerca de Chillán, pueblo donde nació y hacía muchos años que no visitaba, y dice sí:

A recorrer me dediqué esta tarde
Las solitarias calles de mi aldea
Acompañado por el buen crepúsculo
Que es el único amigo que me queda.
Todo está como entonces, el otoño
Y su difusa lámpara de niebla.
Solo que el tiempo lo ha invadido todo
Con su pálido manto de tristeza.
Nunca pensé, creedme, un instante
Volver a ver esta querida tierra,
Pero ahora que he vuelto no comprendo
Cómo pude alejarme de su puerta.
.....
No se puede dudar, este es el reino
Del cielo azul y de las hojas secas
En donde todo y cada cosa tiene
Su singular y plácida leyenda.

Para Parra, Itaca es azul.

Y concluiré, si me permiten con mi Itaca. No es inmodestia, pues cada uno tiene la suya.

Hacia treinta años que no regresaba a España, a mi pueblo, a mi aldea. No eran fáciles entonces los viajes. Me pesaba duramente la nostalgia. Soñaba con frecuencia con los amigos de escuela, con los juegos que teníamos, los árboles donde trepábamos, la iglesia donde concurríamos. Conversé sobre esto con un amigo psiquiatra y me dijo, esto no tiene remedio, al menos uno que yo pueda darte; hay uno, sí, debes viajar a tu pueblo, antes que ello se convierta en ti en neurosis profunda. Viajé. Lo primero que hice fue subir a un cerro donde se levanta aún un pétreo castillo medieval, lugar donde soñábamos los niños de la escuela con moros, guerras, reconquistas; puse las manos sobre su muralla y le di gracias por haberme hecho fuerte para soportar tantos años y dificultades en

Chile. Un campesino que me miraba, se dijo éste está loco. Sí estaba loco, loco de mi Itaca. Después caminé al pueblo, presuroso a abrazar mi casa, que ya no era mía, es un consultorio. Besé su puerta que tantas veces abrí y cerré, era otra puerta más moderna, era la misma. Miré a un lado, allí no estaban y estaban las rosas que mi madre plantaba y el regato, ahora canalizado, yo lo vi igual que antes. Después caminé lento por el pueblo, respiré a fondo, el mismo olor a tomillo y cantueso, escuché la brisa otoñal que movía las hojas de los chopos, pasó una golondrina, le dije a mi hermano: “la misma, la misma que anidaba en el tejado de nuestra casa. Nos visita, nos visita”. Había llovido, el cielo estaba con claros en unas partes y oscuros nubarrones en otras, de pronto apareció el arco iris. Sí, Itaca para mí no fue de color blanco, ni azul, me regaló todos los colores del arco iris.